

FEL. (*Levantándola.*) ¿Qué hacéis? no lo sufriré.
 FLOR. ¡Oh! al menos escuchad mis ruegos: pudo don Juan ofenderos con una palabra indiscreta, mas reparad que no pensaba lo que dijo: os respeta cuanto os honra, señor. ¡Oh! Gracia, señor, gracia para don Juan; sed clemente, señor, perdonadle.
 FEL. Más haré, hermosa Florinda: olvidaré; pero con dos condiciones. Don Juan no ha de saber quién soy.
 FLOR. Yo os lo prometo.
 FEL. Y le diréis que de grado y buena voluntad renunciáis á esa boda.
 FLOR. ¡Jamás!
 FEL. ¿Dudáis?
 FLOR. ¿Dudar? Jamás, señor, jamás. ¿Yo provocar su desesperación? ¿Yo engañarle? ¿Yo mentirle, señor? El rey no puede mandarme lo que Dios le prohíbe á él mismo.
 FEL. ¿Le amáis, pues, con tan ciego amor?
 FLOR. Con toda mi alma, señor; más que pudiera expresar, más de lo que yo misma imaginara antes de ser tan desdichada.
 FEL. ¿Y me pedís su perdón?
 FLOR. Vuestra clemencia os pido; vuestra justicia imploro. ¿En qué es, señor, culpable?
 FEL. ¡Os ama, es de vos amado! ¡Ah! creedme, ha cometido un delito imperdonable. Un claustro no tiene severidad bastante para su castigo: su sangre toda vertida gota á gota no bastará para expiarle.
 FLOR. ¡Su sangre! ¿Qué habéis dicho?
 FEL. Ya me oísteis, señora: sabéis quién soy, y lo que puedo. ¿Dudáis aún?... Pero, ¿quién osa penetrar hasta aquí?
 FLOR. ¿Olvida Vuestra Majestad que está en mi casa?
 FEL. Decís bien; un rey se cree siempre en su palacio.

ESCENA IX

Dichos, DON RODRIGO

FEL. ¿Sois vos, don Rodrigo? Llegad; venís á tiempo.
 ROD. (*Saludando á doña Florinda.*) Temí llegar tarde; pero al veros, señora, comprendo que si mi discípulo puede acusarme de perezoso, el señor conde debe esperarme sin impaciencia.
 FEL. ¿Sabéis que soy llamado aquí para una boda?
 ROD. Supe con gran contento que habíais prestado el consentimiento.

FEL. Os engañaron.
 ROD. (¡Lo imaginé!)
 FEL. Dos personas se oponen á este enlace; doña Florinda...
 FLOR. ¡Piedad, señor!...
 ROD. ¿Vuestra Majestad se ha dado á conocer?
 FEL. Sólo de doña Florinda, que me guarda el secreto. Os lo repito; dos personas, doña Florinda y yo.
 ROD. Con una bastara y sobrara para que la boda no se hiciera.
 FEL. Don Juan va á volver: le diréis que doña Florinda rehúsa acompañarle al altar, y que se resolvió á no volverle á ver.
 FLOR. Ved, señor, que don Juan no lo ha de creer.
 ROD. Me atrevo á afirmar también á Vuestra Majestad que temo que don Juan...
 FEL. ¡No dé crédito á las palabras de su segundo padre, aquel modelo de crianza cristiana! Esas fueron al menos vuestras palabras.
 ROD. Vuestra Majestad es harto bueno en acordármelas.
 FEL. O faltasteis, don Rodrigo, á la confianza que se puso en vos, ó ejercéis sobre él una autoridad sin límites.
 ROD. He procurado al menos...
 FEL. ¿Oye vuestras órdenes con respeto filial?
 ROD. Así debiera ser.
 FEL. Si así no fuese, habríais cometido, don Rodrigo, una falta harto grande; y sabéis que mientras yo reine, ninguna falta ha de quedar impune; vedle pues, habladle, y que salga de aquí para no volver jamás. Esa es vuestra misión; cumplidla; de otra suerte ved de poner orden en vuestros negocios. Sólo puedo compadeceros.
 ROD. (¡Dios me ampare!)
 FEL. Dadme licencia, doña Florinda, que os ofrezca la mano hasta vuestro estrado.
 FLOR. ¡Ah, señor! Vuestra Majestad se dejará conmovier por mis lágrimas; Vuestra Majestad cederá por fin á mis ruegos.

ESCENA X

DON RODRIGO, después DON JUAN

ROD. ¡El rey se burla! ¡Cumplidla! ¡Cierto! ¡Y habéoslas á un tiempo con la impaciencia, la ira, el amor, la desesperación, con todos los sentimientos, todas las pasiones á la vez! ¡y desencadenadas en el pecho de don

Juan! Mejor quisiera... ¿Pero no es él? Lo que me parte el corazón es la confianza, el contento con que se va á arrojar á mis brazos. ¡Ah! si supiera la nueva que le espera en ellos.
 JUAN. (*Abre la puerta, y se para en ella.*) Aprieta, Dorotea, aprieta, tomad el manto; presto os seguimos.
 ROD. ¿Qué dije?
 JUAN. (*A don Rodrigo.*) Loada sea la exactitud: y bien, señor, ¿la visteis? ¿la hablasteis? Venid á bendecir nuestra unión: todo está pronto.
 ROD. Mi querido don Juan, quisiera antes decir dos palabras.
 JUAN. Hablad; os iré escuchando.
 ROD. No; si no lo habéis á enojo, hagámonos á esta parte, y prestadme atención sin movimientos.
 JUAN. Si puedo; daos priesa.
 ROD. Vuestros ímpetus, don Juan, me ponen un candado en los labios, y...
 JUAN. Pardiez, don Rodrigo, hablad.
 ROD. Enhorabuena, pues lo queréis; dadme vuestro brazo, en que me apoye hasta nuestra casa, y allí...
 JUAN. ¡En nuestra casa! Cuando todo lo más que por vos puedo hacer es no moverme de este punto... Pero, don Rodrigo, ¿qué misterio?... ¿y doña Florinda?... ¡Al caso, por Dios, al caso!
 ROD. Sea pues; doña Florinda os niega su mano y os prohíbe para siempre la entrada en su casa; he aquí el caso.
 JUAN. ¿Qué decís? ¿Doña Florinda, á quien acabo de ver? os engañan: no es posible, lo repito, no es verdad.
 ROD. Os lo afirmo.
 JUAN. De su misma boca no lo creyera; y de ella propia quiero saber... ¿dónde está?
 ROD. Teneos, don Juan; lo juro por mi honor, nada hay más cierto.
 JUAN. ¡Por vuestro honor! Pero si tal cosa fuese posible, habría yo introducido aquí un traidor que hubiera hecho un uso bien vil de sus pretendidos derechos...
 ROD. (He aquí lo que temí.)
 JUAN. Un impostor que se habría burlado de su propia palabra, y de mi ciega confianza.
 ROD. ¡Ah! no sospechéis...
 JUAN. Y á quien habré de pedir cuentas de su conducta.

ROD. Guardaos de repetir las palabras que acabáis de proferir.
 JUAN. Se las repetiré en su cara, aunque haya de habérmelas con el primer grande de la monarquía, con la mejor espada de Castilla; aunque hubiera de ponerle la mano encima en medio de la corte, en el alcázar de Toledo, tendré con él una explicación.
 ROD. ¡Don Juan, perdéis el seso!
 JUAN. Pero antes he de ver á doña Florinda.
 ROD. ¡Oh! no iréis.
 JUAN. ¿Y quién lo impedirá?
 ROD. Don Juan, os perdéis.
 JUAN. (*Furioso.*) ¡Cielos, está con ella!
 ROD. ¡Don Juan, don Juan, hijo mío!
 JUAN. ¿Con ella? ¡Maldición! Don Rodrigo, vinisteis á ser testigo de una boda, y lo seréis de un duelo. Hasta aquí habéis sido mi padre; pero siempre seréis hombre de honor. Aquí no conozco á nadie; vos seréis mi segundo...
 ROD. ¡Yo! ¿y de un duelo contra él?
 JUAN. Ved si podéis negaros; puesto que está aquí todavía, nadie podrá librarle de mi venganza.
 ROD. ¡Hay más pesares! ¿Qué puedo hacer sino huir?... (*Don Rodrigo va á salir, don Juan se precipita; sale Felipe II.*)

ESCENA XI

Dichos, FELIPE II

FEL. Quedaos, don Rodrigo.
 ROD. Quisiera estar á mil leguas de aquí.
 JUAN. Iba en busca vuestra, señor conde.
 FEL. Yo os salía al encuentro, señor don Juan.
 JUAN. Tengo una pregunta que haceros y una satisfacción que pediros.
 FEL. Veré si debo responder á la primera, y si quiero dar la segunda.
 JUAN. Me habéis empeñado vuestra palabra: ¿acaso no os acordaríais?...
 FEL. He impuesto una condición. Tal vez habríais olvidado...
 JUAN. La de aprobar mi elección.
 FEL. ¿Y si no la aprobase?...
 JUAN. Tenéis el derecho de negarme vuestro consentimiento.
 FEL. Lo creo.
 JUAN. Como yo el de casarme sin él.
 FEL. Lo dudo.
 JUAN. Grande y poderoso, tal cual sois, pronto lo sabréis de cierto. Yo también tengo una duda.

FEL. ¿Cuál?
 JUAN. ¿Es cierto lo que me ha dicho don Rodrigo...?
 FEL. ¿Qué os dijo Rodrigo?
 ROD. Nada que no pueda repetir delante de vuecelencia.
 JUAN. Doña Florinda me niega su mano y me cierra su puerta.
 FEL. Tal es en efecto su resolución.
 JUAN. Mas no así su voluntad.
 FEL. ¿Qué os obliga á suponerlo?
 JUAN. Su amor. Habéis recurrido á las amenazas para intimidarla.
 FEL. ¿Y por qué no á la razón para convencerla?
 JUAN. ¡Basta de rodeos! Es una felonía que sólo puede lavarse con sangre. La vuestra, ó la mía.
 ROD. ¡Imprudente!
 FEL. Extraño lenguaje en boca de un hombre de iglesia.
 JUAN. Subterfugio digno de un cortesano.
 FEL. Acaso no hayais meditado que hay alguna distancia entre nosotros.
 JUAN. ¿Qué podéis alegar para probarla? ¿Vuestra edad? entrambos somos jóvenes. ¿Vuestra mayor destreza en las armas? la niego. ¿Vuestra nobleza? vos me sois garante de la mía; quien quiera que yo sea, presumo que mi padre no valía menos que el vuestro.
 FEL. También es más cierto de lo que creéis.
 JUAN. ¿En qué os fundarais pues para rehusar?
 FEL. ¿Y quién os dice que no acepto?
 ROD. (*Arrojándose entre los dos.*) Vuecelencia permitirá...
 FEL. ¡Silencio!
 ROD. ¿Osáis, don Juan...?
 JUAN. Dejados... (*Al rey.*) En tal caso, dentro de algunos instantes detrás de las tapias de Santo Domingo.
 FEL. Ved, señor don Juan, que es sitio consagrado.
 JUAN. Eso más cerca estará el vencido de reposar en él: en cuanto me separe de doña Florinda, que ha de verme, mal que os pese, soy vuestro.
 FEL. Una palabra, don Juan, una sola, que os ruego peséis bien. No os estorbo que entréis á ver á doña Florinda, que ha de repetiros cuanto acabáis de saber; mas si tenéis afición á la vida, renunciad de buen grado á esa entrevista: os lo aconsejo, porque si traspasáis el lintel de esa puerta no habrá perdón posible para vos.

ROD. Ceded, don Juan, que yo también os lo ruego.

JUAN. (*Al rey.*) Es compasión.

FEL. Mozo imprudente, bien la habéis menester; merecedla.

JUAN. Noble conde, voy á saber de doña Florinda si sois vos acreedor á la mía.

ESCENA XII

FELIPE II, DON RODRIGO

FEL. ¿Qué decís, don Rodrigo?

ROD. (*Todo trémulo.*) Señor...

FEL. ¿Ese es el cristiano perfecto, el tercer devoto de mis reinos?

ROD. Confieso que por lo que hace á la devoción...

FEL. Tímido como una joven doncella...

ROD. Convengo en que por lo que hace á la timidez...

FEL. ¿Qué podéis decir pues en disculpa de él y de vos? ¿Y yo no he de castigar su atrevimiento?

ROD. ¿Vuestra Majestad descendería hasta castigarle por su mano?

FEL. ¿Estáis loco?

ROD. Dignaos, señor, reparar que si hubiera sabido que hablaba con el rey...

FEL. ¿Si lo hubiera sabido viviría?

ROD. ¡Vuestro hermano!

FEL. ¡Mi hermano, ese vasallo rebelde, ese bastardo insolente! No lo es; no lo será jamás: él mismo acaba de cerrar la puerta á su perdón. Un medio solo os queda de lograr el vuestro.

ROD. (¿Qué exigirá de mí?)

FEL. Vos sois el único aquí que sabe este arcano: ni puedo, ni quiero valerme de otro que vos para sepultarlo en el olvido más profundo. (*Acercándose á una mesa.*) Vais á apoderaros de don Juan.

ROD. ¿Osaré hacer presente á Vuestra Majestad una sola observación? Paréceme, señor, que le ha de ser más fácil á él apoderarse de mí, que á mí apoderarme de él.

FEL. Mis gentes están prontas á prestaros auxilio, y deben de haber llegado ya.

ROD. (*Mientras que el rey se sienta á la mesa.*) ¿Qué querrá escribir?

FEL. (*Escribiendo.*) «Mi muy reverendo padre: Recibid en vuestra piadosa casa al mancebo que será presentado por don Rodrigo Quesada, y ved de que sometido á toda la autoridad de vuestra regla, quede encerra-

do en ella para toda su vida. Yo el rey.»

ROD. ¡Para toda su vida!

FEL. Conduciréis á don Juan al monasterio más inmediato y de la orden más austera: entregareis al superior esas letras de mi mano, y volveréis á darme cuenta de lo que hubiereis hecho.

ROD. ¡Perdón, señor! ¡Perdón para un desdichado!

FEL. Si no obedecéis, los que han de acompañaros llevan orden de conducirlos á mi presencia, y ora tengáis por morada un ataúd ó las paredes de un calabozo, no han de volver vuestros ojos á ver la luz del sol.

ROD. Obedeceré.

FEL. (*Abriendo la puerta del fondo, y hablando á varios ministros.*) Entrad, y ejecutad cuanto en mi nombre os mande don Rodrigo. (*A don Rodrigo.*) Presteza y discreción, ó arreglad vuestras cuentas con Dios.

ROD. Está bien, os entendí.

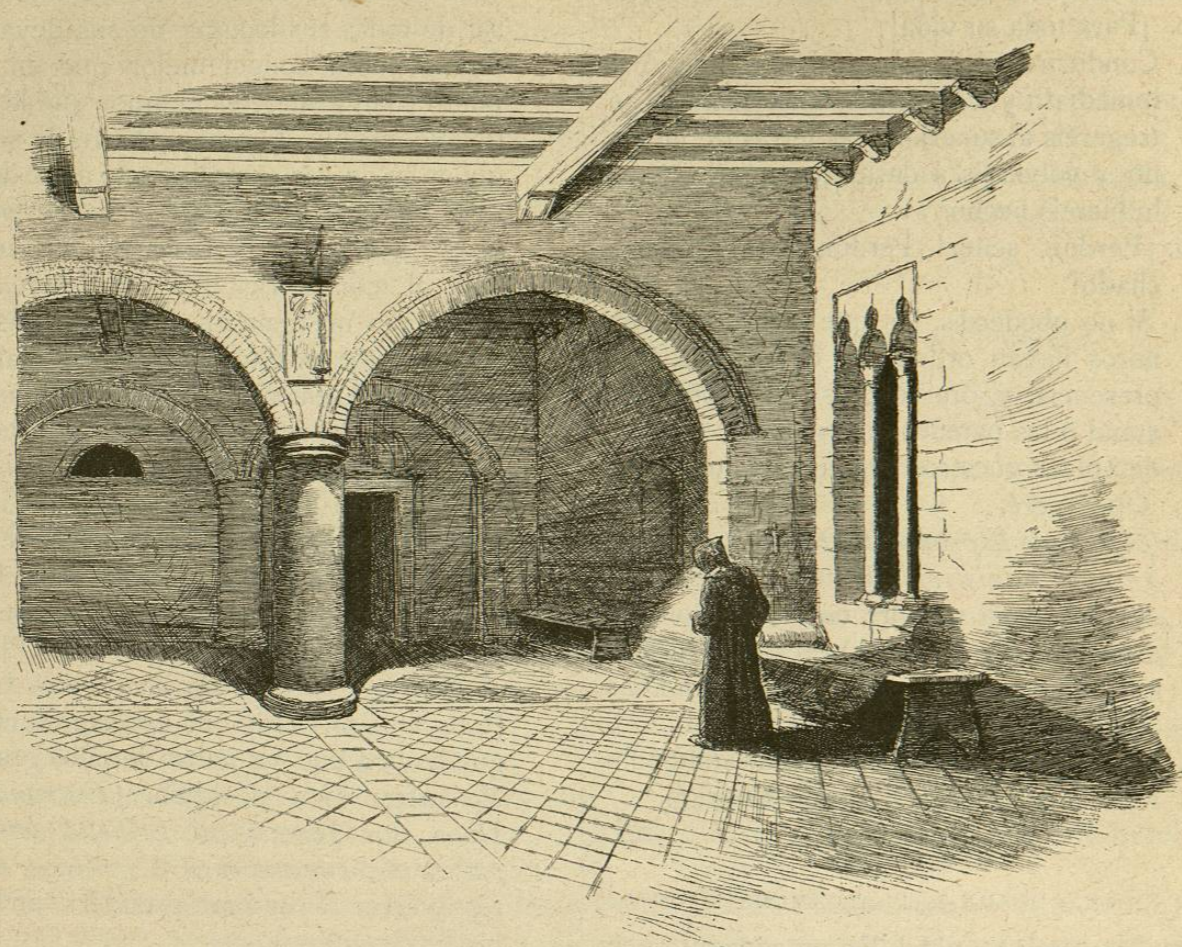
FEL. Mucho me importaba que me entendierais. Quedad con Dios, don Rodrigo.

ESCENA XIII

DON RODRIGO, junto á las candilejas; LOS MINISTROS, al fondo

ROD. ¡Para toda su vida! ¡En un convento para

toda su vida! ¡Mancebo desdichado! á pesar de todas sus locuras, de sus devaneos todos, nunca conocí mejor que en este punto cuán grande es el amor que le tengo. Es mi hijo también. ¡Y he de ser yo quien he de dar cumplimiento á ese decreto tirano...! (*Vuelve á leer la orden, y pásase con agitación.*) Pero esta orden no señala el monasterio. ¡Ah! me ocurre... Sí. Don Juan no tiene en el mundo más que un protector natural que pueda salvarle, y salvarnos á entrambos: fuera osadía sin embargo... El rey don Felipe... ¿y qué importa? ¿Tengo algo ya que aventurar? Una vez desasido de la cumbre, ¿puedo hacer otra cosa que rodar hasta el abismo? ¡Oh! Ya conozco esas posiciones críticas; el emperador mi amo gustaba de ellas, pero él siempre caía de pie, y yo con él. Plegue al cielo que hoy pueda hacer otro tanto. (*Con firmeza.*) Hay una especie de miedo que le da á uno ya valor de puro grande. Ya estoy bien decidido. (*Entrándose.*) Daos, don Juan, á mí. (*Vuelto desde la puerta á los ministros.*) ¡Entremos, señores, y favor al rey para prender á un hombre!!! (*Entranse.*)



ACTO TERCERO

Habitación de Carlos V en Yuste. Pieza de paso. Una ventana abierta. Debajo de la ventana una tarima, donde duerme el novicio. Es de noche aún.

ESCENA PRIMERA

PABLO, inclinado sobre la ventana.

¡Llega al suelo! ¡Bueno! ¡Arriba! Pille yo una noche oscura... y tú, escala mía, me sacarás del monasterio. Treinta escalones y en tierra: una vuelta de llave, ¡y ancha es Castilla!

CARL. *(Desde adentro.)* ¡Pablo!

PABLO. ¿Es su voz? ¡Sí! La escala debajo de la tarima, y el novicio encima. ¡Gritad ahora, enhorabuena!

CARL. ¡Pablo!

PABLO. ¡Estoy dormido!

ESCENA II

CARLOS V, de monje, con una lámpara en la mano;
PABLO, que finge dormir.

CARL. ¡Ah, bienaventurado! ¡En otro tiempo todo me era posible, menos dormir de esa suerte! *(Arrastrándose de mueble en mueble hasta una mesa donde coloca la lámpara.)*

¡Pobre mozo! Siempre á mi lado, y sin conocerme. Ningún religioso osaría contravenir á mi orden revelándole quién soy, ó quién fui más bien.

PABLO. *(Incorporándose.)* Habla solo, pero tan bajo...

CARL. Siempre padecer... ¡sin tener con quien dolersel! *(Levántase, y va á sacudir del brazo á Pablo.)* ¡Arriba, novicio, arriba! La pereza, hermano, es gran pecado.

PABLO. Sin duda *(Bostezando.)* el que inventó ese pecado debió de ser un santo varón á quien la gota desvelaba.

CARL. O que sabía el precio del tiempo. Pero vos, novicio, cuando no le perdéis del todo, empleáislo mal: siempre respondón, y curioso por demás.

PABLO. ¡Como si fuese yo el único en la casa!

CARL. ¿Qué queréis decir? ¿Eso va conmigo?

PABLO. Dios me libre, padre; no, sino con el padre prior, que me anda siempre sacando las palabras del cuerpo.

CARL. ¿Y qué os pregunta?

PABLO. *(El padre no es curioso.)* Cuanto hace vuestra reverencia, y lo que dice, y lo que escribe.

CARL. ¿No más? ¿Y le respondéis?...

PABLO. Que hacéis relojes, que decís: *¿Qué hora es?* y que escribís vuestras confesiones.

CARL. ¡Bien, por Dios! os tuve por maldiciente...

PABLO. Yo, padre...

CARL. Si fuese cierto, fuerza sería separaros de mí, porque es hombre el padre prior de tomar á la letra vuestras palabras. ¡Más que hombre de Dios, es hombre del rey! Y en cuanto á mí, sobre acechar mis acciones, de un grano de arena haría él de buen grado una montaña.

PABLO. *(El padre no es maldiciente.)*

CARL. Quiero más bien la llaneza salvaje del padre lector.

PABLO. ¿Del padre Lorenzo, mi tío?

CARL. ¡Su tío! ¡Pobre mozo! ¡Condenado á ser huérfano! Los monjes no tienen nunca sino sobrinos.)

PABLO. No sé qué os diga. Hace días que el padre prior se ha vuelto más indulgente. Como la comunidad ha de reunirse hoy para la elección de prior nuevo, no dice ya mal de nadie. En vez que mi tío, el padre Lorenzo, dice mal de todo el mundo. Quiere el primero hacerse con votos para ser reelegido, y el segundo quitárselos á los demás.

CARL. ¿Y de mí dice mal también?

PABLO. Como de costumbre: acuérdase de que fué marino, y todo es gritar, como á bordo: ¡La obediencia! ¡La subordinación! Y dice sobre eso que vuestra reverencia provoca la rebelión de los padres mozos contra los viejos.

CARL. ¿Yo que ando siempre conciliando los bandos?

PABLO. Sí, mas parece hecho adrede: en cuanto los conciliáis, pesa mí si se entienden.

CARL. Dí más bien que la próxima elección los saca á todos de quicio.

PABLO. Hasta el padre Timoteo.

CARL. ¡Un hombre tan humilde!

PABLO. Mucho: así perora él humildemente por lo bajo, y tiene á su devoción más de veinte padres... por su parte, el padre lector, mi tío, dispone de otros tantos; de suerte que se andan quitando los votos y la buena fama... ¡Oh! ¡y le aborrecen!... Es una bendición.

CARL. ¿Sabéis por quién votará el padre Timoteo?

PABLO. Por el padre procurador tal vez. Como es el amigo del padre despensero... Pero alguien conozco yo por quien votaría él de harto mejor gana.

CARL. ¿Por quién?

PABLO. Por vuestra reverencia.

CARL. ¿Tengo yo por ventura pretensiones?

PABLO. Ayer me decía: «Nuestro venerable padre... esa lumbrera de la comunidad, á quien tienes la dicha de ver á todas horas, goza de gran favor con el rey; si él quisiera, tendría yo la honra de predicar esta cuaresma en presencia de la corte.»

CARL. Como si estuviera allí Dios más bien que en otra parte. ¿Y no añadió nada acerca de Carlos V?

PABLO. ¡Carlos V! no le conozco.

CARL. *(Sonriéndose.)* ¡Oh gloria humana! *(Dejándose caer en el sitio.)* ¡Ay! sólo el dolor es real en este mundo.

PABLO. ¡Ah! ¿Habla vuestra reverencia de ese Emperador á quien nadie veía, que ha muerto aquí recientemente, y cuyas honras han de celebrarse dentro de tres días?

CARL. Sí; dentro de tres días. *(Diéronme gusto acreditando ese rumor, que ha de ahorrarme tantas molestias.)*

PABLO. ¡Oh! cuando habla de ese Emperador, se santigua y se inclina, y más cuando pronuncia: «Su Majestad imperial y real, que santa gloria haya.»

CARL. ¡Bueno está, bueno! Vuestra locuacidad, Pablo, me divertía hasta ahora, pero á la larga...

PABLO. Todo cansa. He ahí previamente el efecto que me produce el monasterio.

CARL. ¿Qué es eso, Pablo? Pasad á mi celda; dad un vistazo á mis relojes. Creo que el número cuatro atrasa.

PABLO. Voy, reverendo padre; pero por más que yo mueva el minuterio, el tiempo no ha de pasar por eso más de prisa.

CARL. Si me levanto y os alcanzo, Pablo...

PABLO. *(Sale saltando.)* ¡Sí, sí, con la gota!...

ESCENA III

CARLOS V

Dices bien! vida sedentaria y enojosa, más que un libro que se sabe de coro; sin que os saquen de esta nada sino las picaduras de estos insectos del claustro. Ese padre Lorenzo, por ejemplo. ¡Ah! cuando veo un